

---

## CANTO TERCERO.

---

Se determina continuar la guerra.—Recíbese la noticia de haber muerto Moctezuma.—Es proclamado Cuitláhuac Emperador de México.—Resuelve Cortés abandonar la ciudad.—Preparativos con escaramuzas en las calles.—Cubren los españoles parte de la calzada de Tlacopan.—Los mexicanos piden la libertad del sumo sacerdote.—Emprenden la retirada las tropas españolas.—Jornada de la *Noche Triste*.

Los dioses del Anáhuac protectores  
Derraman en el pueblo mexicano  
El aliento y la fe, que bienhechores  
Reaniman su denuedo soberano.  
Al ver que á los temibles invasores  
Da muerte el pueblo con segura mano,  
En la victoria la nacion confia  
Y por doquiera cunde la osadía.

Están en el cuartel los extranjeros  
 Cercados por las huestes mexicanas;  
 Para el combate aprestan los aceros  
 Las tropas invasoras y tiranas.  
 De los pueblos de Anáhuac los guerreros  
 Cubren las chozas al cuartel cercanas:  
 Sordo rumor en la ciudad se escucha,  
 Que es señal precursora de la lucha.

Hállanse en Tlatelolco convocados  
 Los caudillos de Anáhuac, que examinan  
 La situación, y en breve entusiasmados,  
 Combatir sin descanso determinan.  
 Innúmeras secciones de soldados  
 Al decisivo ataque se destinan,  
 Que estar al mando esperan impacientes  
 De Cuitlahuác y **Cuauhtemoc** valientes.

Pero ¡ay! cuando dispuestos á la lucha  
 Se encuentran ya los fuertes escuadrones,  
 Triste clamor de súbito se escucha  
 Que estremece á los bravos corazones.  
 Con extremada rapidez, con mucha  
 Agitación, que aterra á las legiones,  
 Del gran teocalli acelerada llega  
 Reunión de gente que al dolor se entrega.

Y á medida que el grupo se adelanta,  
 Las secciones armadas recorriendo,  
 Un grito atronador cada garganta  
 Con uniformidad va repitiendo.  
 ¿Qué cosa al pueblo lidiador espanta?  
 ¿Qué causa reconoce aquel estruendo?  
 Es que una voz anuncia, airada y fuerte,  
 De Moctezuma la horrorosa muerte.

Presto la voz circula formidable  
 De que el feroz ejército extranjero  
 Inhumano le dió muerte execrable  
 Al abyecto monarca prisionero.  
 Niégale la nobleza inexorable  
 El funeral de rey y de guerrero,  
 Y se convoca al pueblo mexicano  
 Para nombrar el nuevo soberano.

Corresponde ceñirse la corona  
 Al bravo Cuitlahuác, cuyo ardimiento  
 Patrio por donde quiera se pregona,  
 Y en las masas propágase el contento.  
 A la nación amenazada abona  
 Del nuevo Rey el fiero atrevimiento;  
 Y el pueblo espera recobrar su brillo  
 Teniendo por monarca tal caudillo.

Con la solemne pompa acostumbrada  
 El nuevo Emperador es proclamado;  
 Pero su altiva frente coronada  
 No pierde la rudeza del soldado.  
 Jura no abandonar la pétrea espada  
 Y combatir sin tregua denodado  
 Hasta dar al ejército enemigo  
 En la batalla vengador castigo.

Entretanto, el caudillo castellano  
 Salir de la ciudad tiene dispuesto,  
 Que al encono del pueblo mexicano  
 En el débil cuartel se encuentra expuesto.  
 Le aconseja su instinto soberano  
 Que debe ejecutar sus planes presto,  
 Pues puede la más mínima tardanza  
 Arrebatarle la última esperanza.

Manda que sus ligeros escuadrones  
 Reconozcan las varias avenidas  
 Que, rumbo á diferentes direcciones,  
 Están por los contrarios defendidas.  
 Estudia las diversas opiniones  
 En consejo de guerra discutidas,  
 Y la marcha es al fin determinada  
 Siguiendo de *Tlacopan*<sup>16</sup> la calzada.

Pero cegar para ello es necesario  
 Las zanjas que dividen el camino,  
 Y ahuyentar á la fuerza del contrario  
 Que con arrojo á defenderlas vino.  
 Cortés, más que atrevido, temerario,  
 Y haciendo disparar fuego asesino,  
 Se arroja á la calzada con su gente  
 Para cegar los fosos audazmente.

Y como el huracan desenfrenado  
 Que todo lo arrebató en su carrera,  
 Así la hueste del caudillo osado  
 Lleva la destrucción con ansia fiera.  
 Siéntese el enemigo amedrentado  
 Y emprende en su terror fuga ligera:  
 El español entónces se apresura  
 Y ciega la primera cortadura.

En su furor la marcha apresurando  
 La soldadesca turba arrebatada,  
 Va las débiles casas derrumbando  
 Que encuentra á trechos de la gran calzada.  
 Después con los escombros va llenando  
 Los fosos, y dejando resguardada  
 La salida el intrépido guerrero,  
 A su cuartel dirígese ligero.

Cercan en tal sazón la fortaleza  
 Del español algunos mexicanos,  
 Que sin mostrar su bélica entereza  
 Van á ofrecer la paz á los tiranos.  
 Dando tregua al orgullo y la fiereza,  
 Piden á los soberbios castellanos  
 Que el sumo sacerdote prisionero  
 De santa libertad recobre el fuero.

Al nuevo Emperador, ya proclamado,  
 Se debe consagrar solemnemente,  
 Y el sumo sacerdote es esperado  
 Para la ceremonia consiguiente.  
 Cortés, con la esperanza deslumbrado  
 De que sin riesgo salvará á su gente  
 Mientras el pueblo se halla entretenido,  
 Entrega el sacerdote requerido.

Pero despues invaden la calzada  
 De Tlacopan innúmeras legiones,  
 Y la guardia española es arrollada  
 Por los embravecidos escuadrones.  
 La guarnición del fuerte, apresurada  
 Sale al raudo correr de los bridones,  
 Y aunque se afana en despejar la vía,  
 No vence del contrario la osadía.

Adelanta Cortés resueltamente  
 Para rehacer á la dispersa guardia;  
 Mas Cuitlahuác se arroja de repente  
 Sobre la numerosa retaguardia.  
 El jefe mexicano, diligente,  
 Nuevos fosos practica, y la vanguardia  
 Al regresar se encuentra detenida  
 Y con ímpetu ciego combatida.

No se inmuta Cortés: apresurado  
 Alienta á batallar á sus guerreros,  
 Y sobre el enemigo, denodado,  
 Hace esgrimir los rápidos aceros.  
 Atraviesa valiente y esforzado  
 Las numerosas filas de flecheros,  
 Y logra, al terminar la retirada,  
 Una parte cubrir de la calzada.

Llega la noche: el vasto firmamento  
 Le niega á la ciudad su transparencia;  
 Brama y rebrama poderoso el viento  
 Y descarga la lluvia con violencia.  
 Dispone Hernán Cortés el movimiento  
 De la salida, dando con prudencia  
 A los jefes prolijas instrucciones  
 Para salvar del riesgo á las legiones.

Abre la marcha el capitán valiente  
 Gonzalo Sandoval, acompañado  
 De una sección de castellana gente  
 Y un cuerpo del ejército aliado.  
 Llevan los tlaxcaltecas un gran puente  
 Para las cortaduras preparado:  
 De esa suerte en la noche tenebrosa  
 Avanza la vanguardia silenciosa.

Después de Sandoval, Cortés seguía  
 Mandando el fuerte centro, que cuidaba  
 El tesoro del Rey, la artillería  
 Y todo lo que en sí valor guardaba.  
 La familia imperial, que residía  
 Al lado de Cortés, también marchaba  
 En la sección del centro, y cien soldados  
 De su defensa estaban encargados.

Alvarado y Velázquez, con el resto  
 De gente tlaxcalteca y castellana,  
 Cierran la marcha; el Tonatiuh dispuesto  
 A derramar la sangre mexicana.  
 No abriga Hernán Cortés temor funesto  
 De que su tentativa salga vana:  
 Está la noche oscura y silenciosa  
 Y la ciudad al parecer reposa.

En ordenada formación avanza  
 De esa suerte el ejército sitiado,  
 Y el canal de Occidente pronto alcanza  
 Marchando por las sombras resguardado.  
 Gonzalo Sandoval el puente lanza  
 Sobre el foso, que encuentra abandonado;  
 Y al ver que el centro el movimiento sigue,  
 Su lenta marcha con valor prosigue.

Óyese en tal sazón, como el lamento  
 Del ser que en su dolor piedad implora,  
 Del agorero buho el triste acento  
 Que interrumpe la calma bienhechora.  
 En toda la extensión del campamento  
 Se repite, fatídica y sonora,  
 La misma voz, que es la señal de alerta  
 Con que se llama á la ciudad despierta.

Es la señal que Cuiclahuác osado  
 Diera á los mexicanos escuadrones  
 Para atacar, valiente y esforzado,  
 A las contrarias bélicas legiones.  
 A esa señal, del pueblo entusiasmado  
 Palpitan con ardor los corazones,  
 Y por doquier la mexicana gente  
 A la calzada acude diligente.

Cual fantásticas sombras que se agitan  
 En las tinieblas de la noche oscura  
 Y cuidadosas acercarse evitan  
 A quien persiguen con tenaz pavora;  
 Como endriagos fieros que se citan  
 Para aterrorizar con su figura,  
 Así acuden las masas populares  
 A defender su patria y sus altares.

En tal momento, los espacios llena  
 Formidable rumor, que semejando  
 La ronca tempestad que ruge y truena,  
 Va el infinito cóncavo asordando.  
 Tal como el golpe mugidor resuena  
 Del agua que se va precipitando  
 Y forma la tremenda catarata,  
 Así el rumor furioso se desata.

En el teocalli resonado había  
 Del sagrado teohuéhuatl el guerrero  
 Toque, y á esa señal, con osadía,  
 El pueblo á combatir acude fiero.<sup>17</sup>  
 Cada jefe la alarma repetía  
 Al són marcial del caracol severo;  
 Y miéntras más de guerra el grito crece,  
 Más y más los espacios ensordece.

Y aquella multitud entusiasmada  
 Que defiende sus dioses y su tierra,  
 Al combate se siente arrebatada  
 Cuando oye resonar la voz de guerra!  
 No es ya la muchedumbre reposada  
 Que la presencia del monarca aterra,  
 Y que sumisa al escuchar su acento  
 Contiene de su arrojo el ardimiento.

El pueblo mexicano en tal instante,  
 Por las roncadas bocinas conmovido,  
 Dispuesto á batallar corre anhelante  
 Haciendo oír su bélico alarido.  
 Por donde quiera el grito resonante  
 De guerra sin cuartel es repetido;  
 Y los hombres, en marcha acelerada,  
 Acuden en tropel á la calzada.

Todos en confusión, desordenados,  
 Pero sintiendo arder el patrio fuego,  
 Cercan al enemigo entusiasmados  
 Y le acometen con arrojo ciego.  
 Para la lucha apresta á sus soldados  
 El audaz castellano sin sosiego,  
 Mas es vana su intrépida osadía  
 Contra la mexicana bazarria.

A la indecisa luz de los disparos  
Véñse volar las flechas silbadoras  
Que abren entre las filas grandes claros  
De las chusmas aliadas y traidoras.  
Lidiando en nombre de sus dioses caros  
Del Anáhuac las huestes guardadoras,  
Más que de hombres sus fieros corazones,  
En el riesgo parecen de leones.

Quiénes los dardos lanzan con presura,  
Quiénes la maza de armas balancean,  
Quiénes ¡ay! con el hacha tosca y dura  
En el acero con furor golpean;  
Quiénes, arrebatados de bravura,  
Con los inermes brazos forcejean,  
Presentando al contrario por escudo  
Un pecho de adalid, fuerte y desnudo.

Unos en palos llevan enastadas,  
A manera de lanzas de gigantes,  
Las agudas mortíferas espadas  
Que al español quitaron arrogantes.  
Con ellas, diestramente manejadas,  
Dan la muerte furiosos y anhelantes  
A los caballos fuertes y ligeros,  
Y acosan á los bravos caballeros.

Altivo **Cuauhtemoc**, con sus legiones  
Sobre el puente veloz se precipita;  
Arrolla á los contrarios escuadrones  
Y de la retaguardia el paso evita.  
Velázquez de Leon á las secciones  
De los aliados al combate excita;  
Quiere alcanzar á los que van al frente,  
Y en lucha desigual entra valiente.

Pero el altivo jóven, con presteza  
Al capitan temido se abalanza;  
Hierde con la macana la cabeza  
Del corcel, que vacila á su pujanza.  
El español conserva la entereza  
Y al suelo en pié con rapidez se lanza;  
Su diestra esgrime el matador acero  
Y á su enemigo se dirige fiero.

El bravo **Cuauhtemoc** no se acobarda:  
A Velázquez observa, y el empuje,  
Tranquilo no, con ansiedad aguarda,  
Y cual toro salvaje fiero muge.  
Pasa un instante, y al mirar que tarda  
La esperada agresion, con ira ruge,  
Y obediente á su impulso denodado  
Contra Velázquez marcha apresurado.

Esquiva el golpe cuando está á su frente,  
 Y, estrechándole el cuerpo con los brazos,  
 Le oprime con su fuerza prepotente,  
 La armadura rompiéndole en pedazos.  
 Así que moribundo el cuerpo siente  
 Del enemigo, cesa en sus abrazos  
 El Alcides azteca, y presuroso  
 Arroja aquel cadáver en el foso.

En tanto, los guerreros mexicanos  
 Que al lado de tal héroe batallaban,  
 Ejecutando lances sobrehumanos  
 Al temible enemigo destrozaban.  
 A unos al ancho foso, á los pantanos  
 A otros, enfurecidos arrojaban,  
 Causando en todos, más que su osadía,  
 El pánico su ronca gritería.

Al ver que atravesar es imposible  
 La defendida zanja, los soldados  
 De Cortés, con empuje irresistible  
 Rompen la valla de que están cercados.  
 Creyendo que el cuartel inaccesible,  
 Del enemigo los tendrá abrigados,  
 Se rehacen y toman con presteza  
 La direccion de aquella fortaleza.

En tanto Cuitlahuác, que con su gente  
 El grueso acometiera del contrario,  
 Logra atajar, intrépido y valiente,  
 De Cortés el avance temerario.  
 Sabe el soldado rey que el Occidente  
 Con firmeza cubrir es necesario,  
 Y la zanja que cruza la calzada  
 Deja con sus guerreros resguardada.

En ese punto el trasparente lago  
 En las lindes se extiende del camino,  
 Y para secundar el fiero amago  
 Por él la gente en las piraguas vino.  
 Aumentan los flecheros el estrago  
 Léjos del hierro agudo y asesino  
 De la atrevida hueste castellana  
 Que inútilmente por vencer se afana.

De las casas tambien en la techumbre,  
 Del fuego colocándose al abrigo,  
 Se agolpa la guerrera muchedumbre  
 Y con piedras ofende al enemigo.  
 En esa confusion, la incertidumbre  
 Tiene la hueste de Cortés consigo,  
 Y como el triunfo un imposible sea,  
 Es forzoso morir en la pelea.

Hallándose en la lucha colocados  
 Los contendientes de las dos legiones  
 En un mismo terreno, abandonados  
 Son por los castellanos los cañones.  
 A personal combate precisados  
 Se ven los aguerridos campeones,  
 Y aunque el riesgo sus pechos no amedrenta,  
 Vacilan viendo que el contrario aumenta.

Y prosigue el combate rudo y fiero:  
 Aquí una dura espada centellea;  
 Allí cruje, abollándose, el acero  
 Que el hacha tosca con furor golpea.  
 Más allá un desmontado caballero  
 El bruto muerto en su defensa emplea;  
 Y todos, por las masas acosados,  
 Sostienen esa lid desesperados.

De pronto el fiero Cuitlahuác divisa  
 Al caudillo español aborrecido,  
 Y asomando en sus labios la sonrisa  
 Del triunfo, le acomete decidido.  
 A la luz momentánea é indecisa  
 De un relámpago, vése acometido  
 Cortés por el guerrero mexicano,  
 Y el personal combate esquiva en vano.

Blande la clava con vigor la diestra  
 Del incansable regio combatiente,  
 Y su ademan titánico demuestra  
 Que aniquila su golpe prepotente.  
 El acerado escudo en la siniestra  
 Afirma el español, y osadamente  
 A su caballo con la espuela excita  
 Y sobre Cuitlahuác lo precipita.

Pero el Rey mexicano, con la maza  
 Al noble bruto acosa sin sosiego:  
 La férrea vestidura despedaza  
 Del animal, que se encabrita luego.  
 Pronto de su enemigo la coraza  
 Quebrantará con entusiasmo ciego,  
 Y entónces, con la fuerza de sus brazos,  
 El corazon le arrancará á pedazos.

A Cuitlahuác de súbito rodean  
 Algunos españoles esforzados,  
 Que por salvar al capitan pelean  
 Contra aquel enemigo denodados.  
 Todos con el valiente forcejean  
 Y luchan en su ardor desesperados,  
 Librando así su protectora ayuda  
 A Hernan Cortés en la batalla ruda.

En medio de la bárbara refriega  
Que contra muchos Cuitlahuác sostiene,  
A los oídos del valiente llega  
Una voz que en la lucha lo detiene.  
Se abre paso despues con ira ciega,  
Y aunque en el pecho su furor mantiene,  
Busca por todas partes presuroso  
Y pregunta á los suyos anheloso.

Una atrevida jóven mexicana  
Que el campo de la lucha recorria,  
A los soldados se acercaba ufana  
Y así con ronco acento les decia:  
"No hay que gastar en la contienda vana  
La que os impulsa bélica osadía:  
Marchad á la ciudad, que á los cuarteles  
Volvió el Malinche con sus hombres fieles."

La traidora *Malintzin*<sup>18</sup> así obraba  
Para salvar á su acosado amante;  
Y el bravo Cuitlahuác crédito daba  
A la traicion en tan supremo instante.  
Sintiendo que su pecho palpitaba  
Con precipitacion, corre anhelante,  
Y á la ciudad su marcha encaminando,  
"¡Al Malinche! ¡Venganza!" va gritando.

Pero en el campo quedan las secciones  
A la española hueste combatiendo,  
Y en la lid los valientes campeones  
De Cortés, sin cesar van sucumbiendo.  
Tomando diferentes direcciones  
Las chusmas tlaxcaltecas van huyendo:  
La confusion por donde quiera brota  
Y segura es en breve la derrota.

Alcanzar la victoria es imposible  
Al capitan de corazon valiente:  
¿Quién se opone al empuje irresistible  
Del desbordado, mugidor torrente?.....  
Considera Cortés que aún es posible  
Seguir la retirada, y á su gente  
Manda sin vacilar que con presura  
Ciegue la infranqueable cortadura.

Entónces ¡oh terror! se lanza al foso  
Cuanto se tiene á mano; cuerpos yertos,  
Bestias vivas aún, el valioso  
Quinto del Rey, los castellanos muertos.  
En medio del desórden espantoso  
Se cometen horribles desaciertos;  
Así, esa gente, que á salvarse aspira,  
Desesperada los cañones tira.

Queda cegado el foso, y al instante  
 La hueste de Cortés se precipita  
 Para seguir la marcha hácia adelante  
 Con la violencia que el terror excita.  
 Revuelta, en confusion, corre anhelante  
 Sin oponerse más á la inaudita  
 Hostilidad del enemigo osado  
 Que en su derrota le persigue airado.

Alcanzan la postrera cortadura  
 Que salvan con esfuerzos prodigiosos,  
 Y algunos, recobrando la bravura,  
 A los demas defienden valerosos.  
 Quién, denodado, contener procura  
 Cien enemigos fuertes y animosos;  
 Quién, batallando con audaz violencia,  
 Por otros sacrifica la existencia.

De pronto, perseguido y acosado,  
 Manando sangre de la altiva frente,  
 Llega á la zanja Pedro de Alvarado  
 Manejando su lanza prepotente.  
 En la refriega su bridon osado  
 Pereció; pero intrépido y valiente  
 El adalid mantiene su entereza  
 Para escapar del pueblo á la fiereza.

Rápido en el peligro se prepara  
 A salvar el obstáculo temido;  
 Y, sin volver un punto atrás la cara,  
 A la zanja dirígese atrevido.  
 De las tinieblas á pesar, repara  
 En un débil madero allí tendido;  
 Clava en tierra la lanza temerario,  
 El foso salva y huye del contrario.

Entretanto, Cortés, á las legiones  
 Derrotadas alcanza, y con presteza  
 Ordena los diezmados escuadrones  
 Reanimando de todos la entereza.  
 Da á los jefes severas instrucciones,  
 Y poniéndose luego á la cabeza  
 Del reducido ejército, camina  
 En direccion de la ciudad vecina.

En Tlacopan penetra, y fatigado  
 Se sienta á descansar. Así, oprimido,  
 Es fama que al mirar el destrozado  
 Ejército valiente y aguerrido,  
 Su pecho, por las penas agobiado,  
 Dejó escapar tristísimo gemido,  
 Y que á la ruda voz de los enojos  
 Llanto vertieron sus airados ojos.

¿Fué encono? ¿fué dolor? ¿fué desaliento?.....  
 La tradicion no guarda esa memoria;  
 Pero del mexicano atrevimiento  
 Deslumbra á nuestra edad la excelsa gloria.  
 Si, obedeciendo á extraño pensamiento,  
 La *Noche Triste* se llamó en la historia  
 A esa noche, de Luz resplandeciente  
 Será para la patria eternamente.

FIN DEL CANTO TERCERO.

## CANTO CUARTO.

Caen en poder de los mexicanos los españoles que regresaron á la ciudad durante la jornada de la Noche Triste.—Cuicláhuac determina que sean sacrificados á los dioses.—Descripcion del sacrificio en el gran teocalli.—Regocijo del pueblo.—Salen las tropas mexicanas á atacar á los invasores, siendo rechazadas por éstos.—Aspecto que presenta la ciudad por la peste de la viruela.—Muerte de Cuicláhuac.—Sus funerales.—Es proclamado Cuauhtemoc Emperador de México.

¡Salve Tenochtitlan! Ciudad hermosa,  
 Emporio del valor y la osadía;  
 ¡Salve á tí que indomable y orgullosa  
 Venciste la extranjera tiranía!  
 De la victoria á la divina diosa  
 Plugo premiar tu heroica bizarría,  
 Haciendo que tu ejército invencible  
 Castigara al contrario tan temible.